

Víctor Andrés Belaunde (1883 - 1966)

La muerte de Víctor Andrés Belaunde en New York, el 14 de diciembre de 1966, a los 83 años de edad, significa para el Perú la pérdida de uno de los últimos de sus grandes humanistas, en el sentido clásico de la palabra. En efecto, Belaunde es en la humanista generación del novecientos, sobre todo el orador, el internacionalista, el diplomático, el sociólogo y el pensador político. Y sin embargo su obra múltiple llena un capítulo fundamental en nuestra historiografía contemporánea, a tal punto que su aporte a las disciplinas históricas abarca todas las épocas y significa siempre una visión original y sugestiva, un planteamiento renovador, una interpretación trascendente. En ese grupo sólo la producción intelectual de Riva-Agüero, orientada fundamentalmente a los estudios históricos, puede compararse desde este punto de vista a la de Belaunde, y si la excede algunas veces en valor documental y erudito, en otras ocasiones, en cambio, no tiene el alcance hispanoamericano de algunas investigaciones y ensayos de Belaunde.

Nacido en Arequipa, el 15 de diciembre de 1883, Víctor Andrés Belaunde está íntimamente vinculado por su vocación y su linaje con la historia y las tradiciones de su tierra arequipeña y de su patria peruana. Descendiente de don Juan de la Torre, uno de los *Trece de la Fama* y fundador de Arequipa en el siglo XVI, tiene también entre sus ilustres antepasados a Francisco Javier de Luna Pizarro y José María Corbacho, próceres de la Independencia y de los primeros lustros republicanos, y al General Pedro Diez Canseco, su abuelo materno, dos veces Jefe de Estado. Su padre, don Mariano Belaunde y La Torre, *leader* católico y hombre de empresa inteligente e imaginativo, fue también parlamentario y Ministro de Hacienda del Presidente Romaña. Vinculado a las familias principales de Arequipa, en tiempos en que esa ciudad ejercía por tradición y por espíritu un papel directriz en la vida nacional, educado en el sentido del deber y del trabajo, del esfuerzo personal y en una concepción sobria y austera de la vida, Belaunde ha representado con brillo y dignidad excepcionales la misión del patriciado, y ha cumplido a lo largo de una trayectoria intensa y brillante, con los signos de la adversidad y el triunfo, que son los signos de la grandeza, la misión histórica de la aristocracia de

la capacidad (talento y calidades morales) en la concepción de la "aristarquía" que enseñó en el siglo pasado don Bartolomé Herrera.

Vinculado a los claustros de San Marcos por treinta años (diez como alumno, diez como profesor, y diez como su personero ante las universidades extranjeras) y a la Universidad Católica de Lima por otros treinta años y más (desde 1932 hasta su muerte), la obra intelectual de Belaúnde ha surgido de la íntima y rebosante emoción del maestro auténtico, del diálogo creador, del *eros pedagógico*. Funcionario de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, iniciado en 1903 en el Archivo de Límites, diplomático y representante del Perú en países de Europa y América y en los principales certámenes internacionales, su oficio y su carrera de más de sesenta años han determinado también el sentido y la fisonomía de su obra de investigador, expositor y defensor de los derechos territoriales del Perú. Obligado profesor en las universidades norteamericanas en los diez años del exilio (1921-1930), conferencista en La Sorbona, Académico de la Lengua y de la Historia, orador eximio, defensor encendido del ideario católico, parlamentario y legislador sabio, veterano representante del Perú en el foro mundial de las Naciones Unidas hasta alcanzar por elección unánime la presidencia de su Asamblea, la obra de Belaúnde adquiere también un sentido universalista y ecuménico, una significación que trasciende los linderos de la historiografía peruana. Esos tres aspectos de su vida —magisterio, diplomacia y derecho internacional, tribunas académicas y foro mundial— explican también las tres grandes series de sus libros —peruanista, internacional, de filosofía de la cultura— comprensiva de más de treinta volúmenes que no es posible reseñar en el marco de una nota necrológica.

La generación peruana del novecientos o "arielista" —llamada así por su adhesión al mensaje espiritualista de Rodó en su libro *Ariel*— significa en el Perú la superación del positivismo, la apertura al neohumanismo espiritualista, el entronque con el modernismo literario y, en el orden nacional, el descubrimiento del ser profundo del país, abatido por el desastre de la Guerra del Pacífico y por la demoledora prédica radical de González Prada, la lucha por la autenticidad política, la continuación de los esfuerzos por lograr la moralidad pública y el Estado eficiente y práctico, el inicio de la tarea llamada de la "regeneración nacional", por una lúcida visión histórica del Perú unida a la certera apreciación de la realidad presente. En el conjunto de este programa generacional se conciertan los talentos y las aptitudes múltiples de un grupo brillantísimo, verdaderamente egregio, como es el de Francisco y Ventura García Calderón, José de la Riva-Agüero, José Gálvez, Luis Fernán Cisneros, Alberto Ureta, José María de la Jara y Ureta, Oscar Miró-Quesada, Felipe Barreda Laos, Rafael y Víctor Andrés Belaúnde. De ese grupo quienes más generosa y sistemáticamente siembran en el campo de la historia, quienes obtienen la mejor cosecha de la continuidad y trascendencia de su obra, son sin duda Riva-Agüero y Belaúnde.

Riva-Agüero había escrito en el epílogo de su célebre libro *La Historia en el Perú* (1910) que el estudio de la historia tenía como una de sus finalidades más trascendentes la de orientar la “regeneración” del país. Dos años antes, en 1908, al ingresar al Instituto Histórico, actual Academia Nacional de la Historia (institución de la que fue miembro ilustre por casi sesenta años y que presidió en 1948), Belaunde dijo en su discurso que los ideales y las orientaciones peruanas deberían surgir de nuestro medio y deberían nutrirse “de la savia de la tierra y de la historia”. El tema de la importancia de la historia en la formación de la conciencia nacional era de los más importantes para este grupo. Sus principales tesis universitarias tienen ese sentido y esa actitud peruanista, ese empeño por volcarse a las cosas vernáculas para encontrar los derroteros y los rumbos acertados. Bajo la influencia de Unamuno y de los corrientes que daban importancia al subconsciente individual y colectivo, Belaunde planteó en ese discurso la tesis de la Historia como liberación de las fuerzas oscuras o subyacentes que detienen o extravían a los pueblos. La Historia es así la forjadora de la conciencia nacional, la depuradora de los instintos o impulsos contrarios a la evolución y al progreso, base de la continuidad psicológica de la comunidad nacional a través de los siglos, instrumento el más adecuado para conocer el alma colectiva, la tradición, la fisonomía espiritual de un pueblo.

Esa inquietud inicial explica sus primeros trabajos históricos: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (Lima, 1908), escrito cuando estaba aun imbuído de positivismo, en el cual ordena y comenta las principales conclusiones de sociólogo modernos como Spencer y Cunow, sobre el carácter de las instituciones incaicas en un esquema que merece los elogios de Markham y que contiene intuiciones que serán más tarde desarrolladas por Baudin; *Los mitos amazónicos y el Imperio Incaico* (Lima, Anales Universitarios, 1912), respuesta a la urgencia de estudiar el trasfondo histórico para fundar en sólidas bases la defensa de nuestros derechos territoriales, de ahondar en la geografía patria y su estructura histórica, de conocer los precedentes incaicos del sistema virreinal del cual surgían nuestros títulos jurídicos territoriales. De estos dos ensayos primerizos, en que la calidad erudita se da la mano con el vuelo imaginativo, arranca la vigorosa visión de Belaunde sobre el Perú antiguo y sobre todo acerca del Incaico, que le inspirará más tarde páginas de síntesis y de interpretación realmente perdurables.

Entre 1912 y 1918 Belaunde escribió en diarios y revistas y pronunció en tribunas académicas y políticas, ensayos, discursos y conferencias que constituyen en valioso conjunto — *Meditaciones Peruanas* (1ª ed. Lima, Cía. de Impresores y Publicidad Ed., 1932. 158 pp.; 2ª ed. completa, Lima, P. L. Villanueva Ed., 1963, 267 pp) — que corresponde cronológicamente a *La Historia en el Perú y Paisajes Peruanos* de Riva-Agüero y a *Le Perou Contemporain* de F. García Calderón. Dice allí Belaunde que las raíces del problema peruano no son solamente políticas y económicas sino tam-

bién psicológicas y espirituales: se hallan en la desviación de la conciencia nacional frente al ser auténtico del Perú, frente a la dramática tensión secular de mestizajes en pugna y en búsqueda de una síntesis armoniosa y creadora. En esas páginas se halla la expresión más avanzada y moderna del pensamiento político y social de la generación del novecientos; se esboza un programa de reformismo realista anterior en dos lustros a los planteamientos marxistas de J. C. Mariátegui; una visión amplia, de riqueza humanista, que ha perdurado sobre otras visiones más esquemáticas y unilaterales de nuestra realidad. Las *Meditaciones Peruanas* comienzan en 1912 con seis penetrantes ensayos sobre los principales aspectos negativos de nuestra psicología colectiva: la incoherencia, la ignorancia, la ironía, el rencor, el decoratismo, la pobreza sentimental. Queremos conocer la "verdad" del Perú sin escamoteos ni eufemismos, porque lo amamos, parece decirnos Belaunde; y lo amamos "con" sus limitaciones, a pesar de ellas, pero tenemos que luchar para superarlas; el patriotismo no puede significar un enervamiento del sentido crítico, indispensable para cumplir una tarea eficaz de transformación. La segunda y capital parte del libro la forman el célebre discurso de 1914 en la Universidad de San Marcos, titulado *La Crisis Presente*, que es ya un documento clásico, un hito indispensable en el panorama de la sociología peruana, y su conferencia de 1915 sobre *La cuestión social en Arequipa*. En ese certero examen del discurso de 1914, hay aciertos verdaderamente antológicos, como su repetido paralelo entre el poder del Virrey en la monarquía absoluta y el del Presidente en la república democrática, cuya probanza del mayor poder presidencial concluye con esta categórica frase: "El Presidente de la República es un Virrey sin Monarca, sin Consejo de Indias, sin Oidores y sin Juicio de Residencia". La posterior evolución constitucional, atempera sin duda su juicio. La última parte de ese libro la componen sus ensayos sobre las causas de la desviación de la conciencia nacional. Para Belaunde el origen inmediato está en la Guerra del Pacífico, en el trauma de la derrota del 79 agravado por las posteriores desviaciones positivistas y radicales, por la desorientación de la educación y por el *anatopismo* de la Universidad, institución moralmente emigrada, es decir por su lejanía de los reales problemas del país.

Las fuentes iniciales de inspiración de esa obra estaban en pensadores y estadistas hispanoamericanos como Sarmiento y Alberdi y en la enseñanza de sus maestros como Villarán y Deustua, pero recibió un hondo estímulo durante su primer viaje a Europa, con los libros de los maestros de la generación española del 98, Joaquín Costa, Angel Ganivet, Masías Picavea, con los ensayos y estudios de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Unamuno y las influencias de Taine, Renán y sobre todo Rodó.

En 1929 contestó de inmediato y desde las páginas del Mercurio Peruano, a los *Siete Ensayos* de José Carlos Mariátegui, esquema y diagnóstico de la realidad peruana trazados con los dogmas y la dialéctica marxista, cuyo éxito periodístico y político ha servido después para ahorrar

obligadas e imprescindibles revisiones. La respuesta de Belaunde fue su libro *La Realidad Nacional* (1ª ed., París, 1931; 2ª ed. Lima, Imp. Lumen, 1945; 3ª ed. Lima, Ed. P. L. Villanueva, 1964, 220 pp.), escrito vehementemente en los últimos días del destierro, diríamos como su más sazonado y trascendente fruto, cuando había retornado a la vivencia católica tras un largo proceso de reencuentro con la fe por la filosofía y la liturgia, superados sus entusiasmos juveniles por la ideología antimetafísica del positivismo y en pleno neohumanismo espiritualista. *La Realidad Nacional* es un libro de médula y esencias históricas, aunque su intención fundamental sea sociológica y política. Al refutar con profundidad, enjundia y garra dialéctica los planteamientos de Mariátegui sobre las bases económicas, el indio, la tierra, la educación, el centralismo y el regionalismo, la religión y la cultura en el Perú, trazó un vigoroso panorama de nuestro proceso histórico comprendido y asumido desde una posición cristiana, que no soslaya ilusamente los errores y desviaciones del pasado pero que plantea también constructivamente, desde una perspectiva espiritualista, las posibilidades de enmienda y progreso. *La Realidad Nacional* fue en verdad el primer ensayo sociológico integral que abarcaba la problemática peruana con los elementos de la doctrina social de la Iglesia. Es un libro que sin alcanzar la difusión editorial que merece ha tenido sin embargo influencia en los medios universitarios e intelectuales y ha orientado los rumbos de modernos movimientos de estudio y acción política.

En 1940 Belaunde reedita su célebre discurso de 1914 sobre *La Crisis Presente* (Lima, Ediciones Mercurio Peruano, 1940) añadiendo al volumen un sustantivo ensayo titulado *La nueva concepción del Estado* en que comenta las teorías jurídicas de Hauroiu y Duguit sobre el Estado moderno, hace una jugosa exégesis de las ideas políticas de Bolívar y Bartolomé Herrera y plantea los elementos del Estado que debe realizar en nuestro tiempo la democracia integral y no la meramente política del Estado liberal rousoniano.

En 1932 reunió en un volumen, con entusiasta y justiciero prólogo de José de la Riva-Agüero, sus discursos en la Asamblea Constituyente (*El Debate Constitucional*, 1ª ed., Lima, 1932; 2ª ed. Lima, P. L. Villanueva Ed. 1966, 323 pp.). Esos discursos llenos de sabiduría histórica y sociológica, filosófica y política, testimonian la trascendencia de su participación en el Proyecto de la Comisión presidida por M. V. Villarán y en los debates posteriores hasta la elaboración de la vigente Carta de 1933. Sobre el sufragio de los menores, el femenino, de los analfabetos y de los miembros de la Fuerza Armada; sobre el Senado Funcional, la interpelación, la inmunidad parlamentaria, la independencia del Poder Judicial, las descentralización, las relaciones de la Iglesia y el Estado, la instrucción pública, el problema indígena, la pena de muerte y la nacionalidad de los curas, entre otros muchos asuntos, tuvo discursos de significación excepcional, porque al fundamentar sus planteamientos utiliza argumentos de la propia experiencia histórica peruana (que conocía mejor que la gran ma-

yoría de constituyentes) o el ejemplo reciente de otros países americanos y europeos. Revelan también esas páginas la singularidad de su posición doctrinaria, de un sincero reformismo cristiano, en momentos de dispersión e incoherencia ideológica y la limpieza, generosidad y señorío de su conducta política. Años más tarde dictaría en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica unas *Lecciones de Derecho Político* que han quedado inéditas.

En 1943 publica con motivo de las bodas de plata de la Universidad Católica su gran libro *Peruanidad*, editado por segunda vez en 1957 (Lima, Ediciones Librería Studium, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, 1957, 541 pp.) que es la culminación y síntesis de cuarenta años de meditación sobre el Perú y sus esencias históricas. *Peruanidad* es sin duda el libro de interpretación histórica más importante de Belaunde, el que contiene desarrollada su teoría de la cultura peruana como una "síntesis viviente", no acababa sino en pleno dinamismo creador, de sus dos grandes raíces culturales, la autóctona incaica y la occidental hispánica. Explica allí el proceso histórico peruano como un sistema de legados en que unas épocas van entregando a las siguientes sus valores más significativos para que acendrándose y perfeccionándose en la experiencia se conviertan en valores perdurables y expresivos de la nacionalidad. Luego de explicar los conceptos de Patria, Nación y Estado sobre las bases de las ideas de Renán, Fustel de Coulanges, Le Fur, Blondel, Barrés, Romier y García Morente, presenta la hazaña de la conquista del territorio por el hombre peruano, la epopeya y el milagro de la unidad política en un escenario y una geografía tan arduas e indomables como la peruana. Va presentando sucesivamente en capítulos admirables los cinco elementos del legado incaico —dominio de la naturaleza, unidad política, misión civilizadora, espíritu de justicia social y dignidad imperial— en una síntesis que recoge la admiración de Toynbee por la cultura andina, una de las pocas culturas originarias de la humanidad; la quintuple transformación de la realidad peruana operada por la Conquista, con sus valores y legados fundamentales: Estado de Derecho, familia, Cabildo, lengua y concepción cristiana de la vida; la estructura del Virreinato, con enfoques originales y sugestivos sobre la evolución del Cabildo, las diferencias entre encomienda y feudo, el binomio Virrey-Audiencia y los cinco elementos del Estado de Derecho hispánico (ambiente moral, regla jurídica, tensión entre la norma y su aplicación, voluntad de denuncia y sanción). Valioso, incluso desde el punto de vista erudito, es su capítulo sobre la evangelización y la formación de la conciencia nacional en el Perú y el siguiente sobre la evolución cultural en el Virreinato. También sobre la época de la Emancipación Belaunde tuvo un enfoque interpretativo original: entendió la Independencia como un largo proceso de maduración de la conciencia nacional y dedicó a las décadas finales del XVIII y primeras del XIX en que se producen las iniciales expresiones de esa conciencia, más interés que a las luchas separatistas propiamente di-

chas. Condensando su pensamiento sobre el sentido creador de la colonización española y el carácter endógeno de la Independencia, dijo en el I Congreso Hispanoamericano de Historia, celebrado en Madrid en 1949, por él presidido, y que estudió estos temas: "España sembró Cabildos y cosechó Naciones". La parte más extensa de la segunda edición de *Peruanidad* es la dedicada al período republicano. En sendos capítulos sintetiza el aporte de la República a la peruanidad: consolidación institucional, educación popular, incorporación a la economía mundial, aptitud para superar las crisis, vocación amazónica, tradición de libertad de imprenta, sentido panamericano de nuestra fisonomía internacional. El último capítulo, *Problemática de la República*, es una puesta al día de sus planteamientos sociológicos hechos en los libros anteriores. "Rectificarse es vivir", dice allí al trazar un nuevo enfoque sobre el descentralismo en el cual vertebra los imperativos actuales y técnicos del desarrollo nacional y regional (de la planificación, diríamos) con el retorno a la autenticidad democrática de los municipios, planteamiento distinto al que hizo frente a los *Siete Ensayos* y que, como el de su contendor ideológico al que siempre trató con el respeto y consideración propios de su generosidad espiritual y en amplio sentido del diálogo, resultaba ya obsoleto a la altura de 1957. Con la misma honestidad intelectual se replantea el problema del indio, el agrario, la decadencia de las viejas ciudades, la situación de la clase media, la cohesión económica del país, la independencia del poder judicial, la dicotomía presidencialismo-parlamentarismo, la orientación educativa y la formación peruanista, las lecciones de la historia reciente y la verdadera disyuntiva política de la hora actual. En los apéndices, con cuadros sobre la continuidad de los valores esenciales de la peruanidad, publica un discurso en el I Congreso Nacional de Historia del Perú (Lima, 1954), que constituye una visión integral, coherente y sugestiva de nuestra historia, la prueba inconfutable de la modernidad y vigencia, incluso política, de su pensamiento. *Peruanidad* es la mejor síntesis interpretativa de la historia peruana, un instrumento fundamental de consulta para la enseñanza secundaria y un pronuario de temas, de orientaciones y de incitaciones para la meditación universitaria y la investigación bibliográfica y documental; un libro, en fin, cuya influencia no declinará con los años. Resalta en ese libro, como ha escrito Aurelio Miró Quesada Sosa, "la fuerza integradora, el afán constructivo, y el vigor coherente con que Belaunde expresa sus ideas con el deseo nobilísimo de aclarar el camino para los avances espirituales del Perú".

Pero si los primeros trabajos históricos y sociológicos de Belaunde son un tanto posteriores a los de Riva-Agüero y García Calderón es porque muy pronto se inicia en la carrera diplomática y en el estudio de los documentos para la defensa de la integridad territorial del Perú y tiene que dedicar todo su tiempo a esos menesteres. A los veinte años, en 1903, se incorpora al Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores, y al año siguiente, en 1904, como Secretario de Víctor Maúrtua, abogado del Perú en el asunto de límites con Bolivia, viajó a Es-

paña para completar la cartografía y la documentación de la prueba peruana. El alegato, la prueba y la cartografía comprenden una edición de 18 volúmenes (Barcelona, 1906) con un Atlas y una carpeta con varios mapas antiguos. La tarea de Belaunde, al lado de Maúrtua y con la valiosa colaboración del investigador don Luis Ulloa, fue muy importante. Contribuyó con el hallazgo de dos valiosos elementos cartográficos para fundar más sólidamente el alegato peruano: un mapa del Alto Perú levantado por los oficiales de Sucre en la campaña libertadora, es decir el mapa inicial de Bolivia, y el Atlas completo de Andrés Baleato, el célebre cartógrafo del Virrey Gil de Taboada y Lemos. Lamentablemente no se publicó junto con esa documentación el tomo de documentos relativos a la organización intendencial. Pero en su conjunto esos volúmenes, que contienen los hasta entonces inéditos *Anales* de Montesinos, constituyen un aporte documental decisivo para el estudio de la época virreinal peruana. Belaunde, que se iniciaba así en una carrera vinculada también a la historia y a la geografía peruanas y en la cual llegaría a ser Director del Archivo de Límites y el más autorizado, brillante y eficaz defensor de los derechos territoriales del Perú, editó en 1908 un breve libro que sintetiza esa primera experiencia en la cual aportó elementos de investigación, de interpretación y de intuición muy valiosos; ese libro es *La cuestión de Límites Peruano-boliviana* (Lima, 1908). En la misma línea hay que enumerar sus libros posteriores: *Nuestra cuestión con Chile* (Lima, 1918), *Documentos esenciales del debate peruano-chileno* (Buenos Aires, 1919), *Los tarapaqueños en la Conferencia de Washington*, (Lima, 1922), *The Teatry of Ancon in the light of International Law* (Washington, 1922) y sobre todo *La Constitución inicial del Perú ante el Decreto Internacional* (Lima, Torres Aguirre, 1942, 468 pp. Serie "La Vida Internacional del Perú", T. I.: Relaciones con el Ecuador), libro capital, hecho con la más rigurosa técnica de la investigación documental y bibliográfica, que presenta a la luz de los principios del *utti possidetis* y de la libre determinación de los pueblos, la posición inicial del Perú en la frontera norte y estudia exhaustivamente hasta la firma del Protocolo de Río de Janeiro la larga cuestión de límites con el Ecuador.

El conjunto de estas obras constituye una valiosa contribución a la historia diplomática e internacional del Perú, excepcional en su volumen y calidad si se la considera como la tarea esforzada y continúa, no empeece las duras y dramáticas alternativas de su vida, de un hombre solo. Sirvió, además, para aguzar lo que Belaunde ha llamado su "patriotismo funcional", forjado en el estudio concienzudo de los mapas y los documentos, y en el alegato hábil y vigoroso de la dialéctica en la tribuna y en la mesa de la negociación diplomática; ha contribuido, así mismo, a ese sentido realista, "inmediatista" y "tópico", diría Belaunde con sus propios neologismos, que tiene del país y sus problemas, de su rostro geográfico, de su perfil histórico y humano, de su sagrada e inviolable fisonomía espiritual. Relievando el mérito de este aspecto de la obra de Belaunde, afirma Raúl Porras: "Diríase que dentro de vuestra generación, plena de emoción peruanista, os había tocado como

a los antiguos quirites el cuidado sagrado del ager histórico, para que lo defendieseis con la lanza o el sacrificio de toda extraña ambición, y después de 40 años podeis responder que habeis mantenido la inviolabilidad del recinto que rodea el hogar y las piedras, que, en los términos de la tierra, marcan como en el agro romano, las tumbas de los muertos!" (1).

Es difícil encuadrar en estrechos linderos el aporte de Belaunde, humanista auténtico, a la historiografía peruana. Su contribución principal, ya reseñada, se inscribe en los rubros de la historia política y cultural, en el ensayo de interpretación sociológica con bases históricas y en la historia diplomática, jurídica e internacional. Sus *Memorias*, escritas en los últimos años, contienen sus confidencias esenciales de testigo y actor destacado de un largo ciclo del acontecer peruano y universal en que busca, por entre el laberinto de personajes y acontecimientos, la trascendencia de la condición humana, la plenitud de su siempre inútil destino temporal. Los tres primeros tomos de las *Memorias*, *Arequipa de mi infancia* (Lima, Imp. Lumen, 1960, 337 pp.), *Mi generación en la Universidad* (Lima, Imp. Lumen, 1961, 278 pp.) y *Planteamiento del Problema Nacional* (Lima, Imp. Lumen, 1962, 244 pp.) que él alcanzó a editar en vida, constituyen un material de primera mano para la historia peruana contemporánea desde su infancia arequipeña y antes aún, porque rescata de la tradición familiar cuadros llenos de sugestión de la historia arequipeña de mediados del siglo XIX, hasta 1921 en que deja el país para un largo destierro. La edición completa de las *Memorias*, que contiene los materiales que dejó inéditos, *Diez años de exilio* (1921-1930), *El Drama del retorno* (1931-1933) y otros textos autobiográficos, se acaba de editar bajo el título de *Trayectoria y destino* (Lima Ediventas, 1967, 2 tt., 1180 pp.). En el conjunto del género de las *memorias*, un tanto escaso en el Perú, las de Víctor Andrés Belaunde que se ha llamado él mismo "espíritu confidencial", adquieren un valor y una significación excepcionales, por la extensión e intensidad de su vida, por la riqueza de matices de sus amplias perspectivas y horizontes, por el valor moral de su testimonio, por la calidad intelectual y literaria con que están escritas. Aprovechadas ya por Jorge Basadre en los últimos tomos de su monumental *Historia de la República del Perú* y por autores extranjeros, como Francois Baurricaud que las utiliza en su libro *Poder y Sociedad en el Perú Contemporáneo* (Buenos Aires, Sur, 1967, 357 pp.) para presentar la fisonomía del patriciado provinciano en los finales del siglo pasado y comienzos del presente, las *Memorias* de Belaunde tendrán una aceptación e influencia crecientes como ha dicho con acierto Manuel Moreyra y Paz Soldán.

La obra intelectual de Belaunde trasciende al interés estricto de la historiografía peruana. Su libro sobre Bolívar (*Bolívar and the political thought in Hispanic American Revolution*, Baltimore, John Hopkins Press, 1938; *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*,

1. Discurso en el homenaje a Víctor Andrés Belaunde en su 60 aniversario, *Mercurio Peruano*, Nº 202, Lima, enero de 1944, p. 27.

Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1959, 433 pp.) trabajado en los años de su docencia en las universidades norteamericanas durante el exilio, explicado en celebradas conferencias en La Sorbona, escrito en inglés con todo el rigor del aparato erudito y sólo traducido al español en 1959, es la mejor refutación a Salvador de Madariaga al presentar a Bolívar como un auténtico genio hispánico, según lo creía también Unamuno, y al destacar su valor excepcional como talento político y literario. Al estudiar el pensamiento de Bolívar, Belaunde analiza todas las vertientes doctrinarias que confluyen al fenómeno complejo de la emancipación hispanoamericana (revolución inglesa, norteamericana y francesa, despotismo ilustrado, etc.) pero sobre todo los antecedentes hispánicos metropolitanos y americanos, tantas veces olvidados al presentar el fenómeno de la independencia como una fatal consecuencia de factores externos; y analiza luego el proceso del pensamiento bolivariano hasta sus grandes creaciones continentales. El Bolívar de *Belaunde*, considerado por Jorge Basadre como uno de sus libros más logrados, y que ha merecido entusiastas elogios de Francisco García Calderón y Carlos Pereira, es un enfoque y una interpretación integral de la época y de las ideas que la sustentan y explican; trabajos muy posteriores como el de O. C. Stoetzer (*El pensamiento político en la América Española durante el período de la Emancipación. 1789-1825*, Madrid Instituto de Estudios Políticos, 1966, 2 tt., 247 y 290 pp.) reconocen este antecedente capital en los estudios sobre la ideología de la independencia hispanoamericana. De la misma índole y dimensión hispanoamericanas son sus ensayos *Hispanic American Culture*, (Rice Institut Pamphlet, 1923) y *The frontier in Hispanic America* (ibid.) muy celebrado, este último, por el ilustre historiador norteamericano Lewis Hanke.

Su vocación humanista lo llevó a temas universales en que la historia proporciona los datos y fundamentos para la interpretación y meditación filosófica. Tal el conjunto de sus trabajos titulados por él "Serie Filosofía de la Cultura". Los más directamente vinculados a la historia son *La Síntesis Viviente* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1950, 158 pp.), *Palabras de Fe* (Lima, 1953) y *Profetas y sociólogos de la crisis de Occidente* (Lima, 1954). En el primero aplica al proceso de la cultura hispánica en la plenitud de la Edad de Oro y a otros momentos de occidente, su concepción de la cultura que consiste en explicarla por la primacía de los valores espirituales y la influencia decisiva de éstos al moldear y *asumir* los elementos físicos, biológicos e históricos de cada pueblo. "Hay en cada cultura, dice Belaunde, una forma o esencia que está constituida por valores espirituales, y hay una materia compleja que es la psicología de cada nación, influida por la herencia, por el factor geográfico y por la estructura económica. Los valores espirituales asumen y transforman los elementos que constituyen la corporeidad de una nación: tierra, instituciones, estructuras, quedan penetradas y transidas por los mismos principios e ideales. Estos realizan penosamente a través del tiempo una obra de inspiración, de impregnación y de asunción. Tal función asuntiva explica los fenómenos de

transculturación. No he encontrado otro término mejor que el de 'síntesis viviente' para expresar la concepción que explica la evolución de la cultura por factores espirituales, sin descuidar la influencia de las otras causas señaladas por la sociología" (2). La tesis que había inspirado el concepto de la *peruanidad* la aplica a la cultura occidental y más concretamente a la cultura hispánica. Sin embargo también ahora la motivación es peruana, pues Belaunde explica que escribe esos ensayos en momentos en que "tanto en el Perú cuanto en otros países de América, cobraban beligerancia las tendencias a un autoctonismo radical que rompe nuestra tradición cristiana, y surgían al mismo tiempo corrientes anatópicas, materialistas y pragmáticas, engendrando una efectiva anarquía intelectual. La solidaridad de los pueblos hispanoamericanos no sólo estriba en la continuidad geográfica o en la armonía de intereses o en la identidad de posición política exterior; es, sobre todo, una solidaridad cultural basada en la identidad de concepción de la vida, de religión y de lengua y en la comunidad de sentimientos estéticos" (3). El segundo libro continúa la exégesis de la concepción cristiana de la vida, se detiene en el pensamiento pontificio y recuerda en sendas, hermosas y emotivas semblanzas, a tres figuras representativas de la católica peruana contemporánea: Riva-Agüero, el P. Jorge Dintilhac S.S., fundador de la Universidad Católica, y Carlos Pareja Paz Soldán, prematuramente desaparecido. El último ensayo presenta las visiones proféticas de Tocqueville, Bonald, De Maistre, Chateaubriand, Balmes y Donoso Cortés sobre la crisis de la cultura occidental en el tránsito de la Europa de Rousseau a la de Marx. En otros ensayos dispersos confrontará esas visiones con el análisis de ese tema palpitante, que siempre le interesó, hecho por los principales pensadores europeos de este siglo: Spengler y Jaspers, Maritain y Belloc, Toynbee y Dawson, Gonzague de Reynold y Weber, Sombart, Northop y Friedell, Ortega y Gasset y Sorokin. Su humanismo, su apertura a nuevos horizontes e inquietudes, no fue la mera superficial inquietud del *dilettante*, tuvo por el contrario el fundamento y el afán de ahondar en preocupaciones que habían surgido desde su juventud al estudiar los problemas nacionales. En el libro *Inquietud, Serenidad, Plenitud* (Lima, Ediciones de la Sociedad Peruana de Filosofía, 1951) ha explicado, meditando sobre San Agustín, Spinosa y Pascal, su filosofía del talante, del temple de ánimo, su vivencial existencialismo cristiano.

Y en fin, como veterano delegado del Perú a las Naciones Unidas, su testimonio ilustra la posición peruana en los principales debates internacionales desde el fin de la segunda guerra mundial, la contribución de nuestra patria —que por su palabra adquiere un liderazgo dentro del grupo latinoamericano— a la implantación de un sistema jurídico internacional que preserve la paz y que busque los canales e instrumentos más eficaces para la solidaridad y colaboración entre los pueblos desarrollados y los que no lo

2. *La Síntesis Viviente*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1950, pp. VII-VIII.

3. *Ibid.*, p. V.

son, entre las grandes potencias y los países pequeños desde el punto de vista de la fuerza bélica y económica. Escribió en 1945 su libro sobre *La Conferencia de San Francisco*, dedicado a Pío XII, el Pontífice que había luchado heroicamente por la paz, y estudió allí el espíritu y la estructura de la Carta en la que se basa la organización mundial. En tres series (1951, 1952 y 1953) publicó sus *Discursos* en la Asamblea de las Naciones Unidas y al conmemorarse el vigésimo aniversario de la ONU publicó, el mismo año de su muerte, su estudio, mezcla de crónica personal y análisis de los problemas internacionales, *Veinte Años de Naciones Unidas* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1966, 393 pp.), testimonio de la universalidad de su pensamiento y de sus inquietudes y de la solidez de su aporte al progreso y al desenvolvimiento de las Naciones Unidas, con cuyos ideales se había identificado en cuatro lustros de tarea incesante, hasta convertirse en una especie de emblema viviente de la institución.

Tampoco se agota con lo dicho la contribución de Belaunde al estudio de nuestras disciplinas históricas. Hay que añadir dos actividades fundamentales que pueden no quedar recogidas en una bibliografía rutinaria. La primera es su labor docente y magisterial en cuantas tribunas se le brindaban para difundir su credo peruanista y americanista, su coherente y vigorosa concepción de la cultura occidental en la cual está inserta el Perú, y sus preocupaciones de estadista cristiano por la paz, la justicia universales. Muchas de sus conferencias, disertaciones y discursos no han pasado a las páginas de las revistas y diarios ni se han recogido por él en tomos de discursos o ensayos dispersos. La segunda, es su obra de suscitación de vocaciones intelectuales, de inquietudes y de tareas científicas y literarias, cumplida desde la revista *Mercurio Peruano*, que fundó en 1918 y pronto cumplirá 50 años de vida, en cuyos volúmenes se ha difundido buena parte de lo mejor de la producción intelectual de cinco generaciones peruanas; una selecta obra de estudio del Perú y su cultura desde los más diversos miradores. Al hacer la bibliografía de Belaunde habrá que reseñar su propia producción en esa revista (seguramente unos doscientos títulos no reunidos en libros), que con la fuerza de su espíritu creador dirigió y alentó hasta su muerte.

Belaunde revive en el siglo XX el espíritu de los *Amantes del País* del siglo XVIII y su obra significa ahora la que entonces significaron las de Baquijano, Rodríguez de Mendoza y Unánue. Incluso su célebre discurso de 1914 que concluye con una vibrante exhortación —¡Queremos Patria!— es en la crisis política de la república aristocrática de comienzos de siglo, lo que la sagaz e ilustrada advertencia de Baquijano en su *Elogio* al Virrey Jáuregui en los prolegómenos de la Emancipación, pero más profunda y sincera. En San Marcos y en la Católica, como profesor de peruanidad y de idealismo, como maestro renovador, cumple tarea semejante a la de Rodríguez de Mendoza en el Convictorio de San Carlos. Y por su amor a la tierra, la naturaleza, el paisaje y la geografía peruana puede comparársele a Unánue. Por su vehemencia, espíritu romántico y facundia y por lo mul-

tifacético de su cultura y su talento, Riva-Agüero lo ha comparado a Vidaurre, "su legítimo hermano de alma" aunque reconociendo, desde luego, la superioridad moral e intelectual del arequipeño. Su magisterio en el siglo XX recuerda también al de Bartolomé Herrera y los hermanos Gálvez, y acaso el suyo sea más vasto y persistente. Por su estudio del genio y del alma de nuestros pueblos, forjados en la historia y expresados en la literatura y en las artes, su obra de interpretación y de síntesis es en cierta medida análoga a la de Menendez Pidal en España. Como ideólogo de la *peruanidad* se asemeja a Ramiro de Maeztu, teórico de la *hispanidad*, de la que ambos han sido defensores egregios y encendidos. El propio Riva-Agüero dice que Belaunde es nuestro Benedetto Croce, un Croce que a diferencia del napolitano fuera a un tiempo gran orador y pensador católico, partidario de la trascendencia absoluta y no del infinito devenir. *Mutatis mutandi*, es nuestro Ortega y Gasset por su tarea de renovación cultural, de agitación intelectual, de introducción del pensamiento contemporáneo, de puesta al día. Un humanista anclado en las certidumbres eternas del cristianismo luego de un largo y dramático itinerario cuyas estaciones han sido Spencer, Bergson, Kant, Descartes, Spinoza, Pascal, San Agustín y luego ya todo la teología, la filosofía perenne y la mística. Humanista de calidad excepcional en nuestro medio, su obra no queda circunscrita al libro solitario en el diálogo ideal con el lector sino que se desborda en el coloquio del magisterio incansable, en la tertulia de la amistad, en el apostolado de la oratoria férvida y elocuente y en la tarea de solidaridad humana, de forja de amistad y de instituciones como el Mercurio Peruano, la Sociedad Peruana de Filosofía, el Seminario de Peruanidad, la Escuela de Verano de San Marcos, el Instituto Riva-Agüero, la Academia de la Lengua, y tantas otras que llevan la impronta creadora de su espíritu irradiante y proteico. Una de las mentalidades más poderosas y brillantes del Perú de todos los tiempos, uno de los peruanos más representativos y universales, Belaunde es, así mismo, la figura de más amplia y señera significación dentro de su grupo generacional, el novecentista, cuya obra inicia la meditación radical sobre la patria como quehacer intelectual y sienta las bases del Perú contemporáneo. Una personalidad vigorosa y llena de atracción humanas, de Belaunde puede decirse lo que él mismo dijo de García Calderón: "maestro de un nuevo mensaje, el iluminado guía de nuevos senderos... alma apacible y dulce, embriagada de ideas y amorosa de doctrinas que podría repetir con Renouvier: ¡es tan bello pensar!"

Y también para Belaunde sirve el generoso y justiciero elogio que hizo de Riva-Agüero, el otro gran compañero de ideales, que tiene la solemnidad de un clásico epitafio: "Como el patricio romano amaba la República de instituciones ejemplares; como el hidalgo castellano sentía orgulloso la grandeza del Imperio, así él sintió la majestad de la tierra y de la historia peruanas, uniendo las empresas triunfales de los Incas, la fascinante epopeya de la Conquista, el magno esfuerzo civilizador que transformó la tierra, la imponente arquitectura jurídica y la magnificencia de los días

virreinales con el mudo reclamo de nuestro múmero destino y la gloria sangrante de nuestros infortunios heróicos. Y ese Perú, esencia y categoría forma sustantiva, ideal agonioso, enseña de lucha, fue no sólo su amor sino su culto”.

No es aun el momento para trazar con exacta perspectiva la verdadera dimensión de la personalidad de Belaunde y el verdadero alcance y trascendencia de su obra cultural. Se puede decir ya que no será una obra fugaz porque sus grandes enseñanzas perduran en el espíritu y en el magisterio de sus discípulos. Se puede decir, sobre todo, que es uno de los grandes intérpretes del destino peruano, definidor vigoroso de las esencias de la nacionalidad, que él ha defendido con sabiduría y elocuencia en la tribuna académica y periodística, en la lección universitaria, en el debate internacional, en la madura meditación de sus libros y en su obra toda, creada *sub specie patrie*. De la estirpe de los grandes humanistas y maestros hispanoamericanos del siglo pasado y del presente, ha construido su gallardo y vigoroso apotro histórico desde la posición del diplomático e internacionalista, del profesor de filosofía y eventualmente de historia, del orador y del sociólogo, del memorialista emocionado y sereno que vierte con sencillez el caudal de su veteranía, en un estilo elegante y directo, de grandes aciertos al troquelar frases y neologismos que compendian una interpretación o una definición, al acuñar fórmulas sugestivas y felices, en la poética tensión de sus intuiciones, inspiradas siempre por una sincera emoción del país. Aunque por su dedicación y por su oficio y en una clasificación rigurosa, no quisiera considerarse a Belaunde como un historiador, sin embargo la historiografía peruana contemporánea no podría concebirse sin su mensaje esclarecedor, sin la cosecha fecunda de su magisterio, sin su visión estimulante del Perú como vigilia y esperanza, como problema y destino.

César Pacheco Vélez